



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 7

CBX 107 ANTIGUO TESTAMENTO I

Michaud, Robert. “Los patriarcas y sus clanes”, “El patriarca Jacob”, “El patriarca Israel”, “El patriarca Isaac”, “El patriarca Abrahán”, “Conclusión de la primera parte”. En *Los patriarcas: historia y teología*, 43-107. Estella: Verbo Divino, 1976.

2

Los patriarcas y sus clanes

1. *Presentación general*

Los patriarcas y sus clanes pertenecen a un mundo muy diferente del que nosotros hemos descrito en las páginas anteriores. Mientras que los cananeos habían adoptado, hacía ya mucho tiempo, el género de vida de las poblaciones sedentarias, los antepasados de Israel vivían todavía como nómadas con sus rebaños en los límites de los desiertos y de la civilización. Llevaban la vida sencilla y libre de los seminómadas: la duración de la estancia en los diversos lugares era determinada por la abundancia o escasez del agua. No eran alérgicos al contacto con las poblaciones urbanas, sobre todo cuando se trataba de negocios, pero volvían a sus idas y venidas esperando

encontrar un lugar mejor que el anterior donde acampar.

Por lo que toca a su mentalidad, se puede decir que era la misma que los antropólogos descubren generalmente en los pueblos seminómadas. Así, por ejemplo, la mayor parte de estos clanes vivían animados, en sus continuos desplazamientos, por la promesa de una tierra fértil que, según sus tradiciones sagradas, el dios protector del grupo había hecho a sus antepasados, algunos de los cuales son bien conocidos: Abrahán, Isaac, Jacob; otro de ellos, Israel, recientemente descubierto; otros, en fin, cuyos nombres se perdieron para siempre.

Gracias a los progresos de la ciencia, nos es posible imaginar y representarnos lo que debieron ser aquellos hombres de la prehistoria de Israel. Tanto los etnólogos como los antropólogos tienen muchas cosas que decirnos por lo que toca a las diversas fases por las que normalmente pasan las poblaciones en vías de sedentarización. Por ello, las tradiciones patriarcales, han recibido nuevas luces desde que han ido aumentando los conocimientos acerca de la historia de los grupos humanos que han ido pasando por las mismas etapas por las que pasaron los clanes contemporáneos de los patriarcas bíblicos.

2. El "dios de los padres" y el monoteísmo de los patriarcas

Los dioses de los pueblos sedentarios, como los hombres mismos, están generalmente ligados a santuarios fijos, situados en lugares geográficos bien determinados. Por el contrario, los dioses de los nómadas (y de los seminómadas) lo están a nombres de personas, y más concretamente al nombre del antepasado del grupo con el que viajaban. Se hablará, por ejemplo, del dios de Abraham y del dios de Isaac (o "Padrino de Isaac": Génesis 31, 42), del dios de Jacob (o "Fuerte de Jacob": Génesis 49, 24), del dios de Israel ("Roca" o "Pastor de Israel": Génesis 49, 24). Albrecht Alt, célebre pionero de la investigación sobre el origen de la religión bíblica, llega a la conclusión de que los clanes semitas, al designar de esta forma a su dios principal, actuaban conforme a las costumbres de los nómadas y de los seminómadas. Según la opinión de Albrecht Alt, el "dios de los padres" habría sido identificado con los diferentes dioses cananeos después de la llegada de los clanes a tierra fértil. La investigación posterior ha corregido esta última opinión de Alt: los santuarios de Siquén, Betel, Mambré, Bersabé, etc., estaban dedicados, no a diversos grandes dioses, sino a El, el dios supremo de los cananeos. Hecha esta salvedad, que no deja de ser importante, se encontrarán algunas de las

ideas fundamentales de la tesis de Alt a lo largo de la primera parte de nuestro trabajo.

Así, pues, en la etapa del nomadismo y del seminomadismo, el dios principal del clan de cada uno de los patriarcas era el dios del antepasado considerado como padre del clan. Es el plano de la religión del “dios de los padres”.

Una vez sedentarizados, cada clan asimiló el dios de su padre a El, el dios supremo de los cananeos, que era adorado bajo invocaciones diferentes en los diversos santuarios. De esta forma, El se convirtió en el dios principal de cada uno de los clanes de los patriarcas. Este culto no excluía ciertamente la creencia en otras divinidades, pero partiendo de esta forma primitiva de religión (monoteísmo práctico), la revelación fue llevando a estos hombres hacia el monoteísmo teórico. Norbert Lohfink tiene toda la razón cuando habla de “continuidad real entre la religión de los patriarcas y la del mundo que les rodeaba”.¹

Quizá se nos presente la objeción de que en el Génesis es Yavé y no El quien interviene en la vida de los patriarcas. Es cierto, pero en cada uno de esos casos se trata de sustituciones de nombres, hechas en épocas muy posteriores al período histórico de los patriarcas. Hablaremos de estos retoques posteriores en la segunda parte de nuestro estudio. Es un hecho cierto que solamente en tiem-

¹ *Sciences bibliques en marche*, 102.

pos de Moisés se empezó a invocar a Dios con el nombre de Yavé (1280). En la época en la que nos encontramos (1850-1300), el “dios del padre” de los clanes de Abrahán, de Isaac, de Jacob y de Israel fue progresivamente asimilado a El, rey de los dioses cananeos.

3. *La adopción y transformación
por los antepasados de Israel
de los “mitos de origen”
o “leyendas culturales” de
los lugares cananeos de culto*

Llegamos ahora a uno de los aspectos más importantes en la comprensión de las tradiciones patriarcales. La tierra en la que los clanes de los patriarcas aparecen había sido “cosmizada” hacía mucho tiempo. Los lugares de culto cananeos eran como las fortalezas de las que salía el poder creador que mantenía a raya al caos primordial. La repetición del “mito de origen” o de la “leyenda cultural” de cada templo aseguraba, particularmente en la fiesta del año nuevo, la victoria del cosmos sobre el caos. ¡Cuál no sería la curiosidad de los habitantes del desierto cuando escuchaban recitar por primera vez aquellas extrañas tradiciones sagradas! Prueba de que despertaron en ellos un gran interés: poco a poco terminaron adoptándolas, después de haberlas transformado

en la línea de su propia mentalidad y religión. Como podremos comprobar en los capítulos siguientes, el origen de numerosas tradiciones conservadas en el libro del Génesis se pierde en la noche de los tiempos, hasta tal punto que algunas de ellas se encuentran incluso en la historia de otras religiones. El acontecimiento narrado es muchas veces el mismo: se trata, la mayor parte de las veces, de una teofanía, de una revelación recibida en sueños, o de una intervención divina especial; lo único que cambia son los nombres de los personajes del relato en cuestión. En tales casos, aunque la transformación es palpable, se puede hablar con razón de *continuidad* entre el mundo pre-bíblico y la época de los patriarcas. J. Henninger dice con razón: "La revelación (...) pudo utilizar también el lenguaje del mito, ya que se trataba del modo más apto en la pedagogía divina para alcanzar al hombre".²

4. *Comparación con las "sagas" islandesas*

Quando el "mito de origen" cuenta la historia de los orígenes de una familia, de un clan o de un pueblo, se le llama generalmente "saga" o

² DBS 6, 245.

“leyenda etnológica”. De todas las “sagas” encontradas en las tradiciones primitivas de los pueblos antiguos, las “sagas” islandesas presentan un interés particular al compararlas con las tradiciones patriarcales del Génesis.

André Jolles ha clasificado las “sagas” islandesas en tres grupos:

- a) Las “sagas” de los pioneros noruegos llegados a Islandia en el siglo X.
- b) Las “sagas” de los reyes islandeses.
- c) Las “sagas” de la prehistoria de Islandia.

Las “sagas” de los pioneros noruegos se parecen misteriosamente a las tradiciones patriarcales. En unas como en otras, una colectividad (familia, clan) es designada muchas veces con el nombre de su antepasado. Las “sagas” de los pioneros de Islandia, como las tradiciones de los patriarcas, concentran su interés sobre todo en la historia ordinaria de las familias y clanes.

Las “sagas” de los reyes islandeses habría que compararlas con el libro de los Jueces y con los de Samuel y Reyes. Por ello no tendremos que ocuparnos de ellas en nuestra obra.

Las “sagas” de la prehistoria de Islandia tienen una importancia particular para el estudio de las tradiciones patriarcales. Estas “sagas” cuentan acontecimientos extraordinarios, que, según se dice, sucedieron en Islandia mucho antes de la lle-

gada de los pioneros noruegos. Pero lo curioso del caso es que al contar estas viejas historias se introducían los nombres de los pioneros venidos de Noruega.

Este mismo fenómeno puede observarse en la adopción y transformación de las tradiciones pre-israelitas llevadas a cabo por los clanes de los patriarcas. Esto explica el hecho de que, todavía hoy, en Génesis 18 nos encontremos con el nombre de Abrahán y de Yavé en un relato sagrado que, primitivamente, era el "mito de origen" o la "leyenda cunial" de un lugar de culto pre-israelita. Más adelante iremos viendo otros muchos casos de este tipo de actualización, realizados por los antepasados de Israel con tradiciones antiguas que éstos encontraron en las nuevas tierras en las que se establecieron. Los noruegos llegados a Islandia actualizaron igualmente las antiguas tradiciones de la pre-historia de Islandia.

5. Una novedad sin precedentes

Existe un campo, sin embargo, a propósito del cual no puede hablarse de continuidad entre el pre-bíblico y el mundo de los patriarcas del Génesis: es el campo de la historia. Como ya dijimos, para los pueblos de la antigüedad, los acontecimientos de la historia no eran sino la repetición de acontecimientos ya pasados y realizados por

los dioses en los tiempos primordiales. Toda realidad terrestre tenía su arquetipo o modelo celeste pre-existente. Ahora bien, es precisamente en este campo en el que Israel innovó profundamente.

Pero no podemos menos de reconocer que el género propiamente histórico no era totalmente ignorado de ciertos pueblos ya en el tercer milenio antes de Cristo. Lo que sí es cierto es que fueron los israelitas, y los griegos después de ellos, los que utilizaron este género de manera corriente. Esta es la opinión de los grandes especialistas del problema, entre los que se encuentran el alemán Gerhard von Rad y el norteamericano W. F. Albright.

Concretamente, ¿en qué se diferencia la mentalidad bíblica de la mentalidad oriental por lo que a este punto se refiere? La gran diferencia radica en el hecho siguiente: los antepasados de Israel y sus descendientes consideraron que el origen de su propia historia no se encontraba en acontecimientos míticos realizados por los dioses en los tiempos primordiales, sino en *hechos históricos* realizados por *hombres* de su propia raza, de los cuales algunos se habían llamado Abrahán, Isaac, Jacob e Israel. Resumiendo, la gran novedad radica en el hecho de la primacía de la historia sobre el mito.

Los hechos históricos propiamente dichos ocupan un lugar tan importante en la religión bíblica que juegan en ellos el papel que el mito "historia verdadera" jugaba en las otras religiones. Lo en-

tenderemos mejor con un ejemplo concreto: en los templos cananeos, al recitar los "mitos de origen" se permitía a la comunidad reunida trascender el tiempo, incorporarse en cierta manera al acto ejemplar perfecto y comenzar así una vida nueva más conforme con el espíritu de los orígenes. Los antepasados de Israel se reunían también en los santuarios en los que los jefes de los clanes elevaron sus altares en otro tiempo, pero la "historia verdadera" que allí se contaba se enraizaba en la realidad histórica. Así, encontramos en Deuteronomio 26, 5-10 lo que podríamos llamar una "historia verdadera" en el sentido estricto del término, retocada ciertamente con vistas a la acción de gracias litúrgica, pero, a pesar de todo, conforme con la historia.

6. *La mentalidad de clan*

Hasta este momento nos hemos referido varias veces a los clanes y a los jefes de clanes (los patriarcas). Es hora de precisar un poco más. No es tarea muy difícil, ya que los etnólogos y sociólogos de hoy han encontrado entre los beduinos nómadas de Arabia particularidades que remontan a tiempos inmemoriales y que han conservado hasta nuestros días.

Así, por ejemplo, sabemos que las familias constitutivas de un clan, aunque se consideran

emparentadas unas con otras, no quiere decir que estén ligadas por vínculos de sangre, sino por todo tipo de necesidades de orden económico, sociológico, político, etc. Este parentesco ficticio se expresa concretamente en un árbol genealógico, en el que cada uno de los miembros del clan se relaciona con el antepasado común. En caso de que varios clanes se fusionen entre sí para formar una tribu, se ampliará con toda naturalidad, de tal manera que la paternidad del antepasado abarque un mayor número de individuos. Estas pocas líneas consagradas a la mentalidad de los clanes resumen en cierto modo todas las tradiciones patriarcales: desde el capítulo 12 del Génesis hasta el capítulo 50, vemos cómo se va ensanchando un árbol genealógico de este tipo. En el punto de partida se presenta a Abrahán en primer lugar como padre de Isaac y a continuación como abuelo de Jacob; al final del recorrido nos encontramos con que una fusión de tipo mucho más amplia considera a los antepasados de doce tribus como hijos de Jacob y descendientes de Abrahán.

Históricamente hablando, se puede decir que la formación de la genealogía bíblica comenzó, no con Abrahán, sino más bien con Jacob, y que fue siguiendo la línea ascendente: Jacob, Isaac, Abrahán. Esta es la opinión de Martin Noth, el gran historiador alemán. Es evidente que no podremos llegar nunca a conocer con certeza absoluta el orden cronológico de las diversas etapas de la formación de las tradiciones patriarcales. Sin em-

bargo, el lector podrá constatar por sí mismo que la tesis de Noth es aceptable si admite que estas tradiciones se enraízan verdaderamente en el contexto histórico del 2.º milenio antes de Cristo. Es agradable constatar que el mismo Noth, al final de su vida, admitió la posibilidad de poder llegar hasta los antepasados de Israel en el terreno propiamente dicho de la historia.

7. *La ética de clan*

Las partes del decálogo que se relacionan con el monoteísmo yavista datan del tiempo de Moisés; no sucede lo mismo con las demás. Desde los tiempos más remotos, los jefes de las familias y clanes trataron de hacer respetar las leyes elementales de toda vida comunitaria: no matar, no robar, respetar a su padre y a su madre, etc. En estos casos se habla de ley natural, y con razón. Por ello, es importante decirlo en el contexto de las tradiciones patriarcales: estos “mandamientos de Dios” no fueron promulgados por primera vez por Moisés en el monte Sinaí. Muchos miles de años antes de Moisés, en las familias y en los clanes, los jefes y los sabios fueron los intérpretes de esta ética natural de los clanes. Ahora bien, en estas circunstancias, ¿cuál es la razón por la que el decálogo está tan íntimamente ligado al Sinaí? Sencillamente porque en cierto momento de

la historia de Israel todas las leyes, divinas y humanas, religiosas y civiles, serán relacionadas con Moisés, el hombre del Sinaí.

Para no desbordar los límites del presente trabajo, bástenos citar el revelador título de un capítulo de Norbert Lohfink: "Los diez mandamientos sin el monte Sinaí".³ Conclusión: la ética propia de los clanes era conocida en tiempo de los patriarcas e incluso mucho antes que ellos. Más aún: esta ética de clan es el marco vital en el que se formaron, a lo largo de los siglos, listas de mandamientos tales como la del decálogo, conservada en Exodo 20, 1-17 y Deuteronomio 5, 6-21.

8. *Una fiesta de seminómadas con gran porvenir*

En todo el antiguo oriente medio, la luna llena de primavera indicaba el comienzo de las transhumancias: como todos los nómadas y seminómadas de su tiempo, los clanes de los patriarcas abandonaban en ese momento sus campamentos de invierno y se ponían en marcha con sus rebaños en busca de pastos de verano. Para estos humildes pastores, este momento constituía el gran acontecimiento del año. Por ello, a la

³ *Sciences bibliques en marche*, 104.

salida precedía una fiesta que se celebraba durante la noche de acuerdo con un ritual cuyos elementos se perdían en la noche de los tiempos. Se escogía con sumo cuidado una cabeza del ganado que serviría de víctima, se la comía con pan sin levadura, se untaban con la sangre de la víctima los postes de la tienda. Este último punto del ritual, brevemente resumido, servía para proteger al ganado durante todo el trayecto, alejando a un ser particularmente peligroso, especie de genio maligno, al que el libro del Exodo llama "el exterminador" (Exodo 12, 23). No habrá sido difícil reconocer en las líneas precedentes el rito de pascua, fiesta que, mucho tiempo después de la época de los patriarcas, coincidirá con la salida de Egipto de un grupo de sus descendientes. Podemos decirlo sin ningún miedo: los patriarcas conocieron ciertamente la pascua, fiesta de pastores, sin pensar en la historización ulterior de la que sería objeto. Se trata efectivamente de una fiesta de seminómadas, que iba a tener un gran porvenir.

9. *Las historias de salvación*

Los etnólogos han descubierto que en las tradiciones de ciertos pueblos se conocen historias de salvación en las que se habla, como en el Génesis, de la promesa de una tierra o de una descendencia. Walter Vogels escribe con toda razón:

“En el 2.º milenio era corriente creer en un dios personal que hacía promesas de un país o de descendencias a su elegido”.⁴ Promesas de salvación de este tipo encontramos en las “sagas” de los pueblos nórdicos, así como entre los bakhtiaros (una tribu de Irán) e incluso, según parece, entre los esquimales. Estas antiguas tradiciones hablan de salvación; pero no hay que confundirse: no se trata de la salvación eterna, ni en éstas ni en las tradiciones patriarcales en su estado primitivo. Tanto en unas como en otras, la salvación se sitúa en un plano terrestre y material: en tal circunstancia, decían los “mitos de origen” o las “sagas”, el dios protector del clan ordenó al antepasado partir con todos los suyos hacia una tierra en la que se le prometía iba a encontrar dicha y prosperidad. Naturalmente, como era de esperar, entre la *promesa* y su *cumplimiento* sucedían, en esas antiguas historias, toda clase de contratiempos que ofrecían a quienes las contaban, a lo largo de los siglos, una excelente ocasión de dar libre curso a su imaginación poética.

Ya en los primeros versículos de la historia patriarcal (Gén 12, 1-3), el yavista pone en boca de Dios una serie de promesas y bendiciones dirigidas a Abrahán. Se trata de una de las exigencias del lenguaje convencional de las historias de salud de las que hablaremos en la segunda parte.

Es importante señalar también que estas his-

⁴ *La promesse royale de Yahweh préparatoire à l'alliance*, 23.

torias de salud, tanto la de Abrahán como la de los otros clanes, no iban más allá de los horizontes estrechos de la vida de los clanes particulares, por lo menos al principio, en su origen. Si, en el estado actual de los textos bíblicos, las promesas contenidas en el Génesis impregnan todos los libros que le siguen (Exodo, Levítico, Números, Deuteronomio), para comenzar a realizarse con la entrada en Canaán del grupo de Moisés, como se nos cuenta en el libro de Josué, es porque nos encontramos ante una amplia síntesis teológica y literaria llevada a cabo mucho tiempo después de los patriarcas. En la segunda parte de nuestro estudio volveremos a ocuparnos de este grave problema.

10. *Observaciones generales sobre las tradiciones patriarcales*

En la época de los patriarcas (hacia 1850-1300), cada una de las regiones de Palestina conocía su historia patriarcal, es decir, la historia de salvación del clan de seminómadas que estaba intentando establecerse en ella. Como en las "sagas" islandesas, los clanes eran designados con el nombre del antepasado al que atribuían su origen. A los nombres sobradamente conocidos de Abrahán, Isaac y Jacob, añadiremos el de Israel. En Génesis 32, 29 y 35, 10, nos encontramos

con el relato del cambio de nombre de Jacob por el de Israel. Autores contemporáneos, entre los que se encuentra Roland de Vaux, piensan que esta dualidad de nombres tiene su fundamento en la dualidad real de personajes. Por ello, en adelante mencionaremos al patriarca Israel como distinto de Jacob.

Así, pues, los clanes de seminómadas, primitivamente independientes los unos de los otros, en un principio no conocieron sino la historia de salvación propia de cada uno de ellos. El antepasado (o el padre) era quien había recibido de su dios personal la promesa del nacimiento de un hijo y de la posesión de una tierra fértil. De esta manera, a medida que los clanes salían de los desiertos y conseguían poco a poco y con grandes esfuerzos instalarse en un trozo de tierra, consideraban que aquello constituía el comienzo de la realización de la promesa hecha antiguamente a su padre por el dios del clan: era la realización normal de su pequeña historia de salvación. Más tarde llegará la etapa siguiente: la fusión de clanes llevará consigo la fusión de sus tradiciones respectivas.

Como vemos, todo comenzó humilde y sencillamente y a escala francamente reducida. Al comienzo de las tradiciones patriarcales, nada iba más allá de los límites reducidos de la historia de las familias y los clanes. Por ello, en aquellas épocas remotas, no podía tratarse consiguientemente de la salvación eterna o del reino universal de uno

u otro de los descendientes de los patriarcas. Se trata de ampliaciones posteriores de las tradiciones primitivas.

Solamente cuando la historia de los patriarcas se convirtió en uno de los cinco grandes temas del Pentateuco, la promesa de la tierra se amplió a las dimensiones del país entero y, consiguientemente, retrasada hasta la entrada en Canaán del grupo de Moisés (1250) Se trata de uno de los ejemplos típicos de las ampliaciones que posteriormente sufrieron las tradiciones patriarcales. La primera parte de nuestro trabajo se sitúa en la época en la que el contenido de las tradiciones sagradas no superaba todavía el estrecho marco de la vida de los clanes. Estos estrechos límites comenzarán a ampliarse en el momento en el que la fusión de los clanes lleve consigo la fusión progresiva de sus propias tradiciones.

11. *El primero de los
cinco temas del Pentateuco:
las tradiciones patriarcales*

La fusión progresiva de los clanes llevó a la formación de una única historia de salvación común a todos los clanes, cuya proclamación tenía lugar en los lugares de culto donde se reunían los descendientes de Abrahán, de Isaac y de Jacob.

Después de la época patriarcal, el grupo de Moisés, diferente de los anteriores, invadirá a su vez el país de Canaán. La historia de salvación, propia de estos recién llegados, narra su salida de Egipto, su paso por el desierto, la estancia en el Sinaí y, finalmente, la llegada a la tierra fértil.

Esta última invasión tuvo por efecto, en primer lugar, la necesidad de ampliar el árbol genealógico, para poder así relacionar a toda esta gente con el antepasado Abrahán por medio de Isaac y de Jacob; en segundo lugar, la realización de las promesas hechas a los patriarcas se retrasó hasta la llegada del grupo de Moisés.

Este proceso de adopción y de fusión progresiva hizo que todo el contenido del Pentateuco se agrupase cronológicamente alrededor de cinco grandes temas:

1. *Las tradiciones patriarcales.*
2. La salida de Egipto.
3. El paso por el desierto.
4. La alianza del Sinaí.
5. La entrada en la tierra prometida.

Contrariamente a la interpretación tradicional, no "todo Israel" vivió los acontecimientos agrupados en torno a estos cinco grandes temas; lo que sucedió es que "todo Israel" terminó por adoptarlos. El presente trabajo se limita al primer tema: *las tradiciones patriarcales*. Primeramente, su historia. Luego, su interpretación teológica.

12. *Conclusión.*

Los patriarcas y sus clanes fueron hombres de su tiempo. Sin pretender excluir las intervenciones especiales de Dios, podemos afirmar con toda seguridad que su historia se desarrolló como se desarrollaría hoy en día si volviese a empezar. Ahora bien, todos sabemos que los progresos del pensamiento y el desarrollo de las ideas actuales no se llevan a cabo de manera uniforme y rectilínea. Lo mismo sucedía en la antigüedad. La revelación se echó a andar por los caminos normales de los hombres. Siguiendo a Norbert Lohfink, podemos hablar de "continuidad" entre los patriarcas y sus contemporáneos.

Por otro lado, la misma historia continúa hoy, aunque con una diferencia de importancia: entre los patriarcas y nosotros se encuentra Jesús. No podemos olvidar además que entre los patriarcas y los libros de la biblia se encuentran los teólogos de Israel, de los que hablaremos en la segunda parte, cuando tratemos de "teología". Estos teólogos, hombres inspirados, reflexionaron sobre el pasado de su pueblo y lo interpretaron a la luz de su época.

Antes de llegar a este punto, antes de ver cómo trabajaron estos teólogos-escritores de épocas posteriores a la de los patriarcas, es necesario que intentemos llegar hasta el pasado de cada uno de los patriarcas históricamente considerados.

3

El patriarca Jacob

1. *¿Por qué tratar de Jacob antes de hablar de Abrahán?*

Las tradiciones patriarcales, tal y como nosotros podemos leerlas en nuestras biblias, son el resultado de un largo proceso de formación que duró más de mil años:

a) Primitivamente no existían más que relatos cortos, independientes unos de otros.

b) Al final de esta evolución (400), nos encontramos con el amplio conjunto literario que constituye el Génesis.

Los relatos independientes, transmitidos en primer lugar de manera oral en las diversas regiones, habrían podido fundirse los unos con los

otros de manera distinta a como lo hicieron. Como no tenemos en los textos actuales una biografía de los patriarcas, nada impide que, desde el punto de vista de la historia de las tradiciones, hablemos de Jacob antes de hablar de Abrahán. Por otro lado, según Martin Noth y otros autores que han aceptado su opinión, las tradiciones referentes a Jacob constituirían el núcleo primitivo alrededor del cual se habrían ido agrupando las tradiciones de los otros antepasados del pueblo de Israel. Esta hipótesis se presenta como la más aceptable, y por ello la adoptamos. Esta es la razón por la que, en la historia de la formación de la genealogía patriarcal, seguiremos la línea ascendente: en primer lugar, Jacob e Israel; después, Isaac y Abrahán.

2. *Las tradiciones del ciclo de Jacob*

Lo que hasta ahora hemos dicho de las tradiciones patriarcales en general, se aplica a las tradiciones de Jacob en particular. Antes de que los capítulos 25 a 36 del Génesis, que contienen las tradiciones referentes a Jacob, formasen un relato continuo, éstas tuvieron vida independiente las unas de las otras en el tiempo y en el espacio. En la segunda parte podremos constatar el arte exquisito del que los escritores bíblicos hacen gala en

la composición de los amplios conjuntos literarios.

Por el momento, digamos solamente que el ciclo de Jacob se divide en dos secciones:

a) Las tradiciones del Jacob transjordaniano: Jacob en el Yaboc, Jacob-Esaú, Jacob-Labán.

b) Las tradiciones del Jacob de la Palestina central: Jacob y el santuario de Betel.

Jacob era un personaje famoso cuya fama se extendía a los dos lados del Jordán: en Transjordania y en Palestina central. Es muy difícil determinar exactamente cuál de las dos regiones fue el lugar del que surgieron las tradiciones de Jacob. Es evidente que estas tradiciones fueron llevadas de un lado a otro por grupos de viajeros. Pero ¿en qué sentido se realizó la emigración? Martin Noth piensa que de oeste a este, mientras que Roland de Vaux cree que de este a oeste. Las opiniones no concuerdan. Incluso hay quien piensa (G. Fohrer) que el Jacob de quien hablan las tradiciones de Palestina central pudo haber sido identificado con el patriarca Israel de Transjordania. En este estadio primitivo de la prehistoria bíblica da la impresión de que la dirección de los clanes y de sus tradiciones fue más bien de este a oeste, es decir, del desierto transjordaniano hacia la Palestina central. El relato de la lucha nocturna de Jacob a orillas del Yaboc inclina la balanza en este sentido. En la segunda parte trataremos de la interpretación teológica de esta tradición. Limi-

témonos a señalar algunos detalles de su origen.

3. *La lucha nocturna de Jacob a orillas del Yaboc*

Para comprender el relato de Génesis 32, 23-33, es necesario recordar lo que ya dijimos sobre el caos primordial y el cosmos. Los hombres de la antigüedad pensaban que la creación del mundo era el resultado de la victoria de los dioses sobre el caos primordial. El caos primordial había sido vencido, pero no aniquilado. Lo que quiere decir que en cualquier momento podía volver y destruir el orden cósmico establecido. Además, sus guaridas no estaban muy lejos: el caos o desorden inicial habitaba en los desiertos, las tierras incultas e inhabitadas, las regiones inexploradas. Todo lo que no había sido "cosmizado" podía servirle de refugio.

El relato de la lucha de Jacob a orillas del Yaboc adquiere una profunda significación si lo situamos en este contexto de la mentalidad primitiva. El Yaboc es un río pequeño de Transjordania que desemboca en el Jordán a igual distancia poco más o menos del lago de Galilea y del mar Muerto. Los árboles de la orilla tapaban el rústico santuario de Penuel cuya "leyenda cultural" o "mito de origen" hablaba del genio protector de

estas tierras que todavía no habían sido “cosmizadas”. Cuando Jacob y su clan llegan a orillas del Yaboc, se encuentran a las puertas de la parte del “cosmos” que un día llegará a ser la Palestina. Pasan el río y abren el país de Galaad a la civilización. Para inmortalizar la memoria de su jefe, el clan de Jacob adopta y adapta la “leyenda cultural” de Penuel: Jacob se convierte en el héroe que había vencido al genio protector de estos lugares todavía no colonizados. Nos encontramos ante un ejemplo de actualización de un “mito de origen” o “leyenda cultural” pre-israelita, llevada a cabo por las antepasados de Israel. Recordemos que las “sagas” islandesas conocieron transformaciones semejantes: los nombres de los pioneros noruegos recién desembarcados en Islandia se fueron introduciendo en las viejas tradiciones de la pre-historia de Islandia.

La hazaña de Jacob, contada en lenguaje “mitopoiético”, habría bastado para inmortalizar su nombre; sin embargo, otras muchas aventuras harán de este jefe de clan el antepasado inmediato de las doce tribus de Israel.

4. *Jacob-Esaú*

La sola mención de estos dos nombres basta para recordar el tan conocido relato de la riva-

lidad de estos dos hermanos y la usurpación del derecho de primogenitura por el más pequeño (Génesis, capítulos 25, 27, 32 y 33). No nos detendremos en la repetición de las explicaciones más o menos ingeniosas de los comentarios tradicionales, que consideran generalmente esta historia como el fiel reportaje de una escena familiar real. La solución de los problemas aquí planteados hay que buscarlos ciertamente por otros caminos.

Es cierto que el marco del relato es el de una historia de familia. Ahora bien, precisamente este marco ficticio de una familia lo encontramos en numerosas "sagas" primitivas: se cuenta frecuentemente la historia de las colectividades (clanes, tribus, pueblos) como la historia de una familia. Este procedimiento está perfectamente apropiado a la mentalidad de los clanes en los que las relaciones mutuas entre diferentes grupos humanos se describen en términos de genealogía. A la luz de estos datos de tipo etnológico, podemos afirmar con seguridad que la célebre historia de Jacob y Esaú es ni más ni menos que una "saga" en la que los dos hermanos representan dos clases sociales: Jacob es el hombre civilizado que trabaja para poder habitar y cultivar una región recientemente descubierta; Esaú, por el contrario, representa al no-civilizado, todavía nómada, cazador, el hombre de los bosques y del "caos primordial".

Esta explicación, que toma caminos totalmente diferentes de las interpretaciones tradicionales, tiene la ventaja de situarse exactamente en el

contexto socio-cultural de la lucha de Jacob a orillas del Yaboc. El relato de la lucha de Jacob y el de Jacob-Esaú eran originarios de la Transjordania central y durante mucho tiempo ambos circularon independientemente uno de otro hasta que fueron integrándose en la historia tal como la conocemos hoy. Por el momento, nos encontramos solamente en el punto de partida de la larga historia de estas tradiciones.

5. *Jacob-Labán*

Primitivamente la historia de Jacob y Labán, capítulos 29 a 31 del Génesis, constituía un todo independiente. Más tarde entró a formar parte del ciclo de Jacob en el que se encuentra hoy. Es un ejemplo más que nos ayuda a comprender que la historia patriarcal no es una biografía de los patriarcas, sino el resultado final de un largo desarrollo en el que tradiciones independientes fueron reunidas progresivamente unas a otras.

Incluso dentro de la misma historia Labán-Jacob podemos vislumbrar fácilmente algunos elementos tardíos. Por ejemplo los versículos que narran el nacimiento de los hijos de Jacob (Génesis 29, 31; 30, 24). Es evidente que toda esa sección fue compuesta después de la formación de las doce tribus, cuando se quiso relacionar cada

una de ellas con el antepasado Jacob en el árbol genealógico común. Este procedimiento está totalmente adaptado a la mentalidad de los clanes.

Hay que considerar por el contrario como primitivo el relato del pacto entre Jacob y Labán (Génesis 31, 43-54). Este sería el núcleo histórico que sirvió de punto de partida a la "saga" etnológica o "mito de origen" que trataba de explicar el parentesco entre israelitas y arameos. Una vez más, el marco geográfico es la región de Galaad, en Transjordania. Los dos pueblos habían llegado a un acuerdo en la delimitación de los respectivos territorios, utilizando para ello un montón de piedras; cada una de las partes estaba personificada por Jacob y Labán, respectivamente. Al oeste de esta frontera convencional se instalarían las gentes de Jacob; al este, los arameos. Como sucede generalmente en los "mitos de origen", en Génesis 31, 47 se encuentra la etimología popular del nombre de Galaad.

Parece que una de las cláusulas del tratado tenía por finalidad proteger a los aventureros de ambos grupos que se atreviesen a penetrar en el vecino territorio: si alguien tenía la osadía de cometer un crimen o robo cualquiera en el otro lado, la persecución del culpable debía cesar en el montículo de piedras que servía de frontera. En el transcurso de la evolución de la historia de la tradición, se llegó incluso a decir, bromeando, que los antepasados femeninos de Israel (las hijas de Labán) y sus siervas, habían sido traídas

a Galaad como botín de una incursión llevada a cabo por Jacob mismo. Lo cierto es que en esta broma popular había mucho de verdad: el parentesco real existente entre israelitas y arameos.

Por el momento tratamos de mantenernos únicamente en el plano de la "historia" propiamente dicha. En la parte que hemos llamado "teología" podremos valorar el arte con el que los escritores bíblicos utilizaron los ciclos de Jacob-Esaú y Jacob-Labán en su retrospectiva teológica de la historia de las doce tribus.

6. *Jacob y el santuario de Betel*

Hasta el momento no nos hemos ocupado más que del Jacob transjordano. Ahora veremos el ciclo de tradiciones del Jacob de Palestina central. Se trata evidentemente de un solo y único personaje histórico: un jefe de clan, cuya fama se extendía a ambas orillas del Jordán.

En la época de los patriarcas (1850-1300), Betel era ya desde hacía mucho tiempo un santuario famoso dedicado al dios El. Cada uno de los santuarios cananeos era considerado como un "centro cósmico" en el que se encontraban el mundo de los dioses y el de los hombres. En algunas regiones, como en Mesopotamia, los dioses y sus mensajeros utilizaban los "ziggurats" o torres de

pisos para ir y venir entre el cielo y la tierra. En otros lugares, en Canaán, por ejemplo, los arqueólogos no han encontrado ningún resto de construcciones de tipo babilónico. Esta diferencia en la arquitectura de los lugares de culto no tiene ninguna importancia para nosotros. La teología, que en ambos casos se expresaba en lenguaje "mitopoiético", era siempre la misma. Todo "centro cósmico" poseía de manera *visible* o *invisible* su torre de pisos. El "mito de origen" o "leyenda cultural" del templo de Betel contaba que el gran dios El había bajado un día a aquel lugar: un antepasado lejano le había visto, en sueños, bajar del cielo por las escalinatas interminables de cada uno de los siete pisos de las torres sagradas. Nadie podía precisar más este asunto, pero la "leyenda cultural" bastaba para dar a este lugar su carácter sagrado. Imaginemos un instante la cara que pondrían los antepasados de Israel cuando oyeron contar por primera vez las tradiciones sagradas conservadas en los santuarios de las poblaciones sedentarias. Su religión de seminómadas era mucho más sencilla: su culto se limitaba sencillamente a adorar al dios de sus padres.

Por su parte, el clan de Jacob, llegado a Palestina de los desiertos del este de Transjordania, tenía por dios principal al dios de Jacob, llamado igualmente el "Fuerte de Jacob" (Génesis 49, 24). Este dios del clan, como el dios de los nómadas y seminómadas, acompañaba en todos sus viajes y peregrinaciones al clan que protegía. Cuando

los miembros del clan de Jacob, después de haber pasado una larga temporada en el país de Galaad, se decidieron a atravesar el Jordán y a establecerse en la región de Betel, es más que probable que atribuyesen al dios de Jacob el éxito de su aventura. A partir de entonces, empezó a relacionarse el nombre de Jacob con el de Betel. Las tradiciones de Jacob llegadas de Transjordania encontraron en Betel por primera vez el "mito de origen" (o "leyenda cultural") del santuario de Betel. Al cabo de un tiempo, que probablemente fue bastante largo, el clan de Jacob acabó adoptando, previa transformación, el mito de Betel. Podemos decir que el relato de Génesis 28, 10-22, en sus partes más antiguas, es el resultado de esta transformación: Jacob se convierte en el personaje al que se le había aparecido la divinidad y el dios de Jacob ocupa ahora el lugar de El. No hacía falta mucho más para que Jacob se convirtiese en el fundador del templo de Betel y para que al mismo tiempo se legitimase el culto que allí se tributaba al dios de Jacob. Una vez más nos encontramos en presencia de un caso de adopción y actualización de una tradición sagrada pre-israelita, como sucedía en las "sagas" islandesas en las que tradiciones de la pre-historia islandesa fueron transformadas por los noruegos.

Siglos más tarde, la tradición sagrada de Betel ocupará un lugar preeminente en la literatura religiosa de Israel. Por ello, la volveremos a encontrar en la segunda parte de nuestro estudio.

El patriarca Israel

1. *Distinción entre Israel y Jacob*

Según Génesis 32, 29 y 35, 10, a Jacob se le cambió su nombre por el de Israel. Aunque este cambio de nombre es muy posterior a la época patriarcal, es necesario hablar aquí de ello para poder comprender la distinción entre Israel y Jacob.

En el año 1000, momento de máximo esplendor de la monarquía davídica, se expresó en un árbol genealógico común la unidad de las doce tribus y su parentesco con los arameos. Así, los antepasados epónimos de las doce tribus se convierten en los descendientes ficticios de Jacob y de sus esposas arameas. Tenemos que decir, una vez más, que este procedimiento estaba totalmente

de acuerdo con la mentalidad de los clanes. Génesis 35, 23-26 resume de la siguiente manera la genealogía resultante:

Jacob-Lía: Rubén, Simeón,
Leví, Judá,
Isacar, Zabulón
Jacob-Raquel: José y Benjamín
Jacob-Bilhá: Dan y Neftalí
Jacob-Zilpá: Gad y Aser

Los estudios recientes ayudan a comprender mejor actualmente este breve resumen, así como los capítulos 29 y 30 del Génesis, que cuentan el nacimiento de los hijos de Jacob, salvo el de Benjamín (para Benjamín, ver Génesis 35, 16-18). La opinión según la cual los grupos de José y Benjamín tuvieron al principio de su historia al patriarca Israel como jefe de clan y no al patriarca Jacob se afirma cada día con más fuerza. Así, pues, la doble rama Jacob-Lía y Jacob (Israel)-Raquel correspondería a una realidad histórica: se trataría en realidad de una diversidad de clanes, el de Jacob y el de Israel.

2. *El patriarca Israel*

Originariamente, los clanes de la época patriarcal (1850-1300) existían independientemente, se-

parados unos de otros y por ello cada uno conservaba celosamente sus propias tradiciones. Podemos considerar estas tradiciones como "mitos de origen" de cada uno de los clanes, recordando sin embargo que se enraízan en la historia y no en el tiempo primordial.

Del mismo modo que uno de los clanes de Palestina central y de Transjordania central veneraba la memoria de Jacob y le consideraba como su antepasado y fundador, asimismo otro clan de las mismas regiones consideraba a Israel como su antepasado y fundador. En cuanto jefe de clan, Israel juega para su clan el mismo papel que Jacob para el suyo. Según la costumbre de los nómadas y de los seminómadas de todos los tiempos, el antepasado tiene el mismo nombre que el grupo al que da origen. Esto explica que los primitivos contasen la historia de las colectividades como si se tratase de un individuo o de una familia (las "sagas"). Recordemos, por ejemplo, lo que dijimos hace poco sobre Jacob-Esaú y Jacob-Labán. Esta misma explicación es válida para Israel: en la época de los patriarcas se trata del nombre de un jefe de clan; más tarde, el nombre de Israel designará todo un pueblo. Estaremos ya en la época en que el nombre de Jacob habrá sido cambiado por el de Israel (Génesis, 32, 29 y 35, 10).

3. *El patriarca Israel y Siquén*

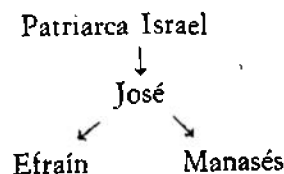
La ciudad de Siquén está situada, como Betel, en la Palestina central. Cuando los clanes de los patriarcas llegaron a estos parajes, Siquén era un lugar de culto célebre desde hacía mucho tiempo. Se adoraba al gran dios El como dios de alianza: El berit (*berit*: alianza; Jueces 9, 46). Aunque la ciudad de Siquén continuó en manos de los cananeos hasta la época de los jueces (1100), el clan del patriarca Israel y el de Jacob mantuvieron estrechas relaciones con la población local. Según Génesis 33, 18-20, en las cercanías de Siquén Jacob compra una parcela de tierra y construye en ella un altar que dedica a El, el "Dios de Israel". El acontecimiento pudo muy bien coincidir con una alianza entre los clanes de Jacob e Israel.

Podemos imaginar fácilmente que acontecimientos de orden cultural hicieron que, progresivamente, se fuera confundiendo al dios El con el dios del clan de Israel. Efectivamente, de la misma forma que el dios de Jacob había sido identificado con El de Betel, así el dios de Israel fue asimilado a El de Siquén. Así como el "mito de origen" del santuario de Betel había sido adoptado y transformado por el clan de Jacob, así el "mito de origen" del santuario de Siquén fue adoptado y transformado por el clan de Israel. Pero como lo explicaremos brevemente en el párrafo siguiente, esta última adopción, la de El, dios de la

alianza de Siquén, jugó en la historia bíblica un papel de importancia capital.

4. *El patriarca Israel,
antepasado de la "casa de José"*

Muchos siglos después de la época patriarcal, en tiempos de la confederación de las doce tribus (1200-1100), se empezará a hablar de la "casa de José" (Josué 17, 17; Jueces 1, 23; 2 Samuel 19, 21). Esta expresión designa el conjunto de dos tribus (Efraín y Manasés) que en aquellos momentos eran las más poderosas de Palestina central. El antepasado José era considerado como el padre de estas dos grandes tribus. De acuerdo con la mentalidad de los clanes, se utilizará el árbol genealógico para ponerlos en relación con el lejano período de los patriarcas. El resultado es el siguiente:



Esta genealogía tiene en cuenta la distinción establecida entre Jacob e Israel y muestra claramente los lazos que unían a José y a Israel y, por consiguiente, a la ciudad de Siquén. Por ello,

no deberá sorprendernos que la historia de José comience en Siquén (Génesis 37). Ahora bien, es precisamente en Siquén donde el dios El era venerado como dios de alianza (El berit). Por otro lado, la tradición conservada en Josué 24 sitúa en Siquén precisamente el histórico encuentro entre el grupo de Moisés, recién llegado de Egipto, y las tribus de Israel instaladas en aquellos lugares desde hacía mucho tiempo. En estas circunstancias ¿sería exagerado pensar que la identificación entre el dios del clan de Israel (dios de Israel) y el dios de Siquén (El berit) pudiera contribuir fuertemente, en los siglos siguientes, a concebir al dios de Moisés (Yavé) como un dios de alianza? Creemos que esta afirmación no perjudica a la tradición del Sinaí, sobre todo si tenemos en cuenta que el grupo de Moisés estaba constituido directamente, por lo menos en parte, de elementos originarios de los grandes clanes de la Palestina central, que fueron instalándose en Egipto durante el período de la historia patriarcal. Esta es la razón por la que podemos afirmar que la adopción de la leyenda cultural de Siquén, llevada a cabo por el clan de Israel, jugó un papel importantísimo en la evolución del pensamiento bíblico.

5. *La fusión de los clanes de Jacob e Israel*

Hasta ahora hemos hablado separadamente de los dos grandes clanes de la Palestina central y de Transjordania: el primero, el de Jacob, consideraba a éste como fundador del santuario de Betel; el otro, el de Israel, consideraba a Israel como fundador del santuario de la región de Siquén. Desde el punto de vista de la historia de las tradiciones, es sumamente importante considerar a estos clanes como originariamente *independientes* unos de otros, pero llegó un momento en el que se realizó la fusión de estos dos clanes. Entonces se produjo el conocido fenómeno sociológico: la fusión de los clanes lleva consigo la fusión de sus tradiciones. Según la mentalidad de los clanes, esta doble fusión se expresa en términos genealógicos: según Génesis 30, 22-24, Jacob se convierte en el padre de José y, según Génesis 48, Jacob adopta además a los hijos de José (Efraín y Manasés). De esta forma, se fue creando la genealogía patriarcal. Pero no nos descorazonemos todavía. Aún queda un largo camino para llegar al árbol genealógico que cubra con su sombra no solamente toda una nación, sino incluso los pueblos vecinos.

5

El patriarca Isaac

1. *Localización geográfica de las tradiciones de Isaac*

A partir de este momento, abandonamos la Palestina central donde, según acabamos de ver, se fueron formando las tradiciones de Jacob e Israel. Para encontrar el lugar de origen de las tradiciones del patriarca Isaac, es necesario encaminarse hacia el sur de Palestina. En efecto, las tradiciones de Isaac sitúan en el sur del país las andanzas de este patriarca. En Génesis 26, 62, se encuentra en las inmediaciones del pozo de Lahaï-Roï en el Negueb, zona de desiertos que se extendía más allá de la frontera meridional. En Génesis 26, 1 ss. vemos que Isaac se dirige a Gerar, empujado por el hambre. En Génesis 26,23-33,

lo encontramos en Bersebá, ciudad situada en el límite del desierto meridional.

Para poder comprender el proceso de formación de las tradiciones patriarcales, es sumamente importante conocer los lugares geográficos en los que éstas nacieron, para fusionarse después con otras tradiciones diferentes traídas de otros lugares por las caravanas de comerciantes o peregrinos. Hemos visto que los dos ciclos de Palestina central y de Transjordania, el de Jacob y el de Israel, se fusionaron en un momento dado. Más tarde, estas tradiciones encontrarán por su parte las tradiciones del sur. Por el momento, señalemos que las tradiciones del ciclo de Isaac son originarias del sur de Palestina e independientes del ciclo Jacob-Israel.

2. *¿Por qué ocuparnos de Isaac antes que de Abrahán?*

Tanto el ciclo de Abrahán como el de Isaac tienen su origen en el sur de Palestina. El capítulo siguiente lo dedicaremos a este problema. Pero, ¿por qué dar prioridad ya desde ahora al estudio de las tradiciones de Isaac?

El conjunto formado por lo que hoy llamamos "las tradiciones patriarcales" se formó definitivamente cuando, hacia el año 1000 antes de Cristo,

en tiempos de David y Salomón, se quiso relacionar todo el pueblo de Israel, es decir, las doce tribus, con el antepasado Jacob. Fue el último paso en la formación del árbol genealógico nacional cuyo proceso había comenzado ya hacía mucho tiempo.

Los seminómadas del extremo sur de Palestina parece que fueron los primeros en ser relacionados con el patriarca Jacob, aunque de hecho se considerasen como descendientes del patriarca Isaac. De esta manera, Isaac se convirtió en el padre de los hermanos Jacob-Esaú, siguiendo las leyes y mentalidad de los clanes. Pero, ¿cómo se realizó el encuentro del ciclo de Palestina central (Jacob-Esaú) con el ciclo de Palestina meridional (Isaac)? Antes de responder a esta pregunta, es necesario estudiar detalladamente las tradiciones del ciclo de Isaac.

3. *El dios de Isaac*

Isaac era un jefe de clan de seminómadas, como Jacob e Israel. Como en los casos de los otros patriarcas estudiados anteriormente, tanto los que nosotros conocemos como los que no, existió una "saga" en torno a Isaac. Por las razones que más adelante señalaremos, actualmente no quedan sino restos de esta "saga" primitiva, con-

servados principalmente en Génesis 26. Por muy extraño que parezca, y a pesar de su carácter compuesto, el capítulo 26 del Génesis nos ofrece la mejor descripción que tenemos del género de vida de los seminómadas del segundo milenio antes de Cristo: cortas estancias en alguna ciudad-frontera, transhumancias alrededor de las tierras fértiles, búsqueda de agua para hombres y animales, discusiones con la población local, etc.

Isaac fue un jefe-fundador de un clan. Por ello, los miembros del mismo creían que el patriarca había recibido de su dios protector una bendición segura y la promesa de una descendencia y una tierra. En todo esto reconocemos, una vez más, los elementos constitutivos de las historias de salvación de las poblaciones nómadas y seminómadas. Desde el punto de vista de la historia de las religiones, sabemos que el dios viajero que acompaña al clan en sus desplazamientos es el dios del padre. El dios del clan de Isaac era pues primitivamente el dios de Isaac (o el "Padrino de Isaac": Gén 31, 42). Es quizá interesante señalar la gran semejanza existente entre la historia del patriarca Isaac y la de los patriarcas Jacob e Israel.

Cuando el clan seminómada de Jacob (Palestina central y Transjordania) se hizo sedentario, el dios de Jacob (o "Fuerte de Jacob": Gén 49, 24) fue asimilado al dios sedentario El, del lugar santo de Betel. Fue entonces cuando la "leyenda cul-

tual” o “mito de origen” de Betel fue adoptada y transformada por el clan de Jacob.

Cuando el clan seminómada de Israel (Palestina central y Transjordania) se hizo sedentario, el dios de Israel (“Roca” o “Pastor de Israel”: Gén 49, 24) fue asimilado al dios sedentario El, venerado en Siquén como dios de alianza. Fue entonces cuando la “leyenda cultural” o “mito de origen” de Siquén fue adoptada y transformada por el clan de Israel.

Este mismo fenómeno de identificación se produjo cuando el clan de Isaac se hizo a su vez sedentario en las tierras del sur de Palestina donde se encontraba el santuario de Bersebá. El dios de Isaac fue identificado con el dios El, cabeza del panteón cananeo.

4. *El santuario de Bersebá*

En Bersebá, ciudad situada en la frontera del desierto meridional, los cananeos adoraban a su dios El bajo la denominación de El Olam (= dios de eternidad o el eterno: Génesis 21, 33). Cuando el clan seminómada de Isaac consigue establecerse en el territorio de Bersebá, se produce la identificación con el dios sedentario El Olam. Podemos suponer que la “leyenda cultural” o “mito de origen” del santuario de Bersebá fue adoptada y

transformada por el clan de Isaac en esas circunstancias. Pero, ¿en qué consistía concretamente la “leyenda cultural” o “mito de origen” de este santuario? Podríamos suponer que la “leyenda cultural” de Bersebá es el punto de arranque del relato de Génesis 22, que nos cuenta el sacrificio de Isaac.

Siguiendo esta hipótesis, podríamos resumirla de la manera siguiente: en cierta ocasión, cuando se estaba a punto de sacrificar un niño sobre uno de los altares del territorio dependiente de Bersebá, El Olam había intervenido en el preciso momento impidiendo la brutalidad de tal inmolación; a partir de entonces, se habría instaurado la costumbre en la región de Bersebá, de la que la ciudad era el centro cultural, de inmolar un animal en sustitución del niño destinado al sacrificio. Una vez adoptada por el clan de Isaac, la “leyenda cultural” sufrió una serie de transformaciones (cambio de los nombres del dios y de los personajes), llegando a ser uno de los relatos más profundos de las tradiciones patriarcales. No podemos menos de reconocer el carácter hipotético de esta solución; sin embargo, podría ser la respuesta al difícil problema planteado por el lugar de origen de la tradición sagrada de donde arranca Génesis 22. De todas formas, en la segunda parte veremos cómo fue entendido por las generaciones posteriores este célebre relato.

5. *La fusión de los ciclos de Jacob e Isaac*

Después de lo que acabamos de decir, podemos responder a la pregunta planteada anteriormente: ¿cómo pudo realizarse la fusión de los ciclos de Jacob e Isaac? Si tenemos en cuenta la importancia del lugar sagrado de Bersebá en la historia de Israel (Amós 5, 5 y 8, 14; 1 Reyes 19, 3), es fácil solucionar el problema del encuentro de las tradiciones del centro de Palestina con las del sur. En el período de la monarquía, incluso después del cisma, los peregrinos acudían, aun del reino del norte (¡reino de Israel!), al santuario de Bersebá. Si a los peregrinos añadimos las caravanas de mercaderes que se detenían en la ciudad-frontera de Bersebá antes de continuar su marcha hacia Egipto, es fácil comprender que las tradiciones de Jacob e Israel fueran conocidas rápidamente por los habitantes del sur. Esta mezcla de tradiciones convirtió finalmente a Isaac, personaje ilustre del santuario de Bersebá, en el padre de Esaú y Jacob. En este sentido podemos decir que Isaac fue padre de Jacob y de Esaú; no en cuanto a la generación física, sino gracias a la fusión de las tradiciones del norte y del sur.

La relación padre-hijo expresa de esta forma los diferentes tipos de relaciones que fueron estableciéndose progresivamente entre el norte y el sur.

Sin embargo, el árbol genealógico no había

terminado todavía de crecer. Todavía no cobijaba bajo sus ramas a los habitantes del desierto propiamente dichos, aquellos que consideraban a Ismael como su padre. Tenemos que examinar aún cómo fueron integrados también en la gran genealogía bíblica.

6. *Ismael, hermano de Isaac*

Una genealogía con pretensiones de seriedad no podía ignorar a los nómadas del desierto, los ismaelitas, que desde siempre habían estado en relación constante con el clan de Isaac. Hasta tal punto, que el grupo de Isaac, cuando se adentraba en el Negueb, compartía con esta población del desierto el agua de un célebre pozo, conocido por el nombre de "Lahai-Roi (Génesis 16, 14; 24, 62; 25, 11). En este oasis había un santuario en el que el dios El era invocado bajo el nombre de El Roi (Roi = visión). Es evidente que se trata del mismo dios El que en Bersebá era conocido bajo la invocación de El Olam. En todas las religiones existen lugares de peregrinación dedicados a los mismos dioses o a los mismos santos, pero venerados con nombres diferentes. Por razones de vecindad, y teniendo en cuenta las relaciones existentes, la genealogía de los clanes no dudó un instante en considerar a Isaac e Israel como

hermanos. Pero, para que esta combinación funcionase, se necesitaba que ambos tuvieran a su vez un padre y una madre... Esto quiere decir que aún no hemos llegado al árbol genealógico patriarcal completo.

6

El patriarca Abrahán

1. *Abrahán, jefe de clan*

Para llegar a la meta que nos hemos propuesto, es decir, llegar a la historia propiamente dicha, es necesario mantener el ritmo que la investigación requiere. Por ello, tenemos que decir ya de entrada que Abrahán, antes de convertirse en el antepasado por excelencia del conjunto del pueblo de Israel, fue como Jacob, Israel e Isaac un jefe de clan. En cuanto tal, Abrahán había recibido la bendición divina que le aseguraba la descendencia y la posesión de una tierra. Esto quiere decir sencillamente que el clan de Abrahán poseía, como los otros clanes, su propia historia de salvación. Es posible que en Génesis 15 se hayan conservado los restos de la antigua "saga"

de Abrahán, jefe de seminómadas, en la que se narra cómo éste recibe la doble promesa del nacimiento de un hijo y de la posesión de una tierra fértil. Más adelante trataremos de este problema.

Hasta el momento no hay nada que distinga a Abrahán de los patriarcas de los que hemos hablado hasta ahora. De Abrahán se decía lo mismo que de los otros antepasados de los diversos clanes: su dios se le había revelado y le había prometido su protección especial para el futuro. Pero el futuro del que hablan las historias de salvación o las “sagas” de los pueblos primitivos parece que no iba mucho más lejos de los límites precisos de la vida humilde y sencilla de las familias y los clanes. En otras palabras: parece que esas promesas referentes al futuro no iban generalmente más allá del marco estrecho de la vida de todos los días. Esto quiere decir que las ampliaciones que consisten en prometer a estos humildes pastores un dominio universal son el resultado de interpretaciones de épocas posteriores. En la segunda parte de este trabajo, titulada “teología”, volveremos a ocuparnos de este asunto.

2. *La “saga” de Abrahán*

Como todos los clanes que hemos visto hasta ahora, en un principio el clan de Abrahán rendía

un culto especial al dios de su padre, al dios de Abrahán. Se trata de algo totalmente normal: en el ámbito de la vida nómada estamos aún a nivel de la religión del "dios de los padres". En la "saga" del gran patriarca, el dios de Abrahán era quien había hecho a éste las promesas relacionadas con el futuro del clan; a él correspondía ocuparse de su realización. Pero lo que a primera vista sorprende es que varios de los episodios de la "saga" de Abrahán se encuentran en la "saga" de Isaac:

a) En Génesis 12, 10-20 (J) y en Génesis 20, 1-18 (E), Abrahán presenta a su mujer como si se tratara de su hermana; nos encontramos con un relato paralelo en la "saga" de Isaac en Génesis 26, 7-11 (J).

b) El asunto del pozo de Bersebá en la "saga" de Abrahán (Génesis 21, 22-31) tiene su contrapartida en la "saga" de Isaac (Génesis 26, 15-25).

Relatos de este género enriquecieron el folclore de nómadas y seminómadas en todos los tiempos. Por ello no debemos extrañarnos de encontrarlos aquí duplicados. Pero una cosa queda clara: el ciclo de Abrahán ejerció una poderosa atracción sobre el ciclo de Isaac. Esta atracción fue la que en definitiva hizo que Abrahán se convirtiera en el padre que Isaac e Ismael nece-

sitaban; en virtud de este fenómeno, Sara se convirtió en la madre de Isaac, y Agar, en la madre de Ismael.

3. *El santuario de Mambré*

El nombre de Abrahán está íntimamente ligado a Mambré (Génesis 18, 1), lugar sagrado que se encuentra cerca de Hebrón, en las montañas de Judá, y por consiguiente en el sur de Palestina. Esta precisión geográfica será de suma importancia para la comprensión de la genealogía patriarcal. Primitivamente, Jacob e Israel habían sido los grandes antepasados de los clanes de Palestina central y Transjordania central; igualmente, Abrahán e Isaac fueron primero los jefes-fundadores de los clanes del sur de Palestina.

Betel y Siquén fueron los santuarios en los que el dios de Jacob fue identificado con El Betel y el dios de Israel con El berit. En el sur, Bersebá fue el lugar en el que se identificó el dios de Isaac con El Olam. Igualmente, en Mambré, el dios de Abrahán fue identificado con el Shaddai (dios de la montaña). En efecto, parece que en las montañas de Judá, el dios El era venerado bajo esta denominación. Allí fue precisamente donde la "leyenda cultural" ("mito de origen") del lugar santo de Mambré fue adoptada y transformada por el clan de Abrahán.

4. *La "leyenda cultual" o
"mito de origen" de Mambré*

La tradición sagrada de Mambré contaba que, en aquellos parajes, se habían presentado en cierta ocasión a un personaje ilustre de la región tres seres celestes anunciándole el nacimiento de un hijo. Como en las otras "leyendas cultuales" o "mitos de origen" de los otros centros sagrados, también en la de Mambré se decía o se daba a entender que el acontecimiento había tenido lugar hacía tanto tiempo que nadie era capaz de precisar muchos detalles. Recordemos, una vez más, las "sagas" de la pre-historia de Islandia.

Es interesante recordar en este momento que en las leyendas de otros pueblos se han conservado igualmente relatos de apariciones de seres celestes encargados de anunciar el nacimiento de algún personaje. Por ejemplo, los griegos contaban en sus leyendas que se habían aparecido tres dioses al padre de Orión para anunciarle el nacimiento de su hijo. No es extraño, pues, que encontremos una leyenda de este tipo en Mambré.

Cuando el clan de Abrahán adoptó la "leyenda cultual" de Mambré, previa transformación, el dios de Abrahán, identificado a El Shaddai, ocupó el puesto principal. Abrahán se convierte en el personaje que recibe la visita de los seres celestes, y el nacimiento que se anuncia es el de Isaac. Más tarde, en el siglo XIII, cuando se asimiló el

dios de los patriarcas a Yavé, se introdujo este nombre en la tradición de Mambré. Así, pues, Génesis 18, 1-15 supone como punto de partida una "leyenda cultural" pre-israelita con una larga historia tras de sí. La adaptación de la "leyenda cultural" de Mambré por el clan de Abrahán contribuyó a que, en la genealogía bíblica, Isaac se convirtiese en hijo de Abrahán por Sara (Génesis 21, 1-7), e Ismael en hijo de Abrahán por Agar (Génesis 16). Por ello es totalmente justo y normal afirmar que Isaac no es hijo de Abrahán por generación física, sino que llegó a serlo por la fusión de las tradiciones patriarcales... La filiación designa en estos casos relaciones de todo tipo que se fueron formando entre los diversos clanes. Más adelante volveremos a hablar de la "leyenda cultural" de Mambré.

5. Abrahán y Lot

De la fusión de los ciclos de Jacob, de Isaac y de Abrahán resultó la genealogía Abrahán-Isaac-Jacob. Pero el árbol genealógico no está todavía en su apogeo: dos grandes pueblos emparentados con los israelitas (los moabitas y los amonitas) estaban todavía fuera de la genealogía nacional. Ahora bien, estos dos pueblos habitaban en Transjordania meridional y se consideraban descendientes de un ancestro común: Lot.

El "mito de origen" de estos pueblos estaba constituido por una historia terrible y aterradora, tan terrible como el paisaje desolado estremecedor de las orillas del mar Muerto, sobre todo en su parte meridional. Allí era precisamente donde la tradición situaba a Sodoma y Gomorra, las dos grandes ciudades que, según se decía, habían sido tragadas por las aguas del mar Muerto al producirse un cataclismo desolador. El "mito de origen" de los moabitas y de los amonitas contaba con orgullo que Lot, su antepasado común, había sido salvado de la catástrofe gracias a la intervención de uno de los miembros de la familia, un santo varón que habitaba en las montañas de Mambré. Este es el "mito de origen" que sirvió de punto de partida al relato de Génesis 18, 16-33 y Génesis 19, del que volveremos a hablar en la segunda parte.

Cuando Abrahán se convirtió en el santo varón de Mambré, no se dudó ni siquiera un instante en transformar el "mito de origen" o la "leyenda etnológica" de los pueblos de Transjordania meridional, como se había transformado la "leyenda cultural" del santuario de Mambré. De esta manera, Abrahán se convirtió, para la tradición sagrada de toda la región, en el tío de Lot y en el antepasado venerado y venerable de moabitas y amonitas.

6. *El poder de atracción del ciclo de Abrahán*

Se tiene la costumbre de pensar que Ur de Caldea es la ciudad de la que partieron Abrahán y su familia. Esta opinión está basada principalmente en Génesis 11, 31 que pertenece a la tradición sacerdotal (P). Ahora bien, la tradición sacerdotal es tardía si la comparamos con la tradición yavista (J), que piensa más bien en Harán como punto de partida del viaje de Abrahán, como patria del patriarca. Harán se sitúa en la alta Mesopotamia (Génesis 11, 28 y 12, 1). Se puede pensar, pues, que Terah, padre de Abrahán, habría emigrado de Ur a Harán. Abrahán habría nacido en Harán, y de allí habría partido hacia el país de Canaán. Por otro lado, varios miembros de la familia de Abrahán tienen nombres corrientes de la alta Mesopotamia. No olvidemos que el siervo de Abrahán, al que se encarga viajar al país de este último para encontrar una esposa para Isaac, va a Arán Naharayín (Génesis 24, 10), llamado también Paddan-Arán (Génesis 25, 20). Ahora bien, estos dos nombres designan la alta Mesopotamia. Jacob, en busca de sus esposas, irá también a Harán, alta Mesopotamia (Génesis 28-31).

Precisemos un último detalle: Jacob en alta Mesopotamia parece contradecir lo que hemos

dicho de Jacob de Transjordania central, pero la contradicción no es más que aparente.

Podemos considerar que el desierto transjordano es la patria del clan de Jacob, aunque la alta Mesopotamia es el país del clan de Abrahán. Esta situación se explica gracias a la fuerza de atracción de las tradiciones de Abrahán, que habría ido ampliando el árbol genealógico hasta Mesopotamia, cubriendo así con su sombra, no solamente los grandes antepasados del pueblo de Israel, sino incluso los personajes importantes de los pueblos vecinos, como por ejemplo Labán el arameo y Lot, padre de moabitas y amonitas. Esta extraordinaria capacidad de extensión e integración debió llegar a su culmen en la época de esplendor de la monarquía davídica, en tiempos de David y Salomón, cuando los diversos pueblos que les rodeaban estaban sometidos a Jerusalén.

Otro aspecto que realza todavía más el prestigio y la fuerza de atracción de Abrahán es el hecho de que en los diversos textos y tradiciones se le ha relacionado con todos los lugares de culto de los que los demás patriarcas eran considerados como sus fundadores: en Génesis 12, 8 y 13, 4, Abrahán se encuentra en Betel, lugar sagrado de Jacob; en Génesis 12, 6-7, lo vemos en Siquén, centro santo de Israel; en Génesis 21, 23-34, lo encontramos en Bersebá, lugar sagrado de Isaac. Da la impresión de que con todo esto se pretendía legitimar todavía más el culto cele-

brado en esos diversos santuarios, santificados ya por el recuerdo de los otros patriarcas. Por lo que toca al lugar sagrado de Mambré, en las montañas de Judá, conservó su particular relación al nombre de Abrahán.

CONCLUSION DE LA PRIMERA PARTE

Como todos los pueblos antiguos, los cananeos del segundo milenio confundían mito e historia: los acontecimientos terrestres no eran sino la reproducción de los acontecimientos-modelo o arquetipos realizados por los dioses en el tiempo primordial. El mito, recitado en lenguaje "mitopoiético" y acompañado de ritos sagrados, permitía incorporarse a través de los siglos al acontecimiento inicial y hacerlo presente para bien de los peregrinos reunidos en los templos. En efecto, los templos, considerados como "centros cósmicos" en los que se encontraban el mundo de los dioses y el de los hombres, eran los lugares adecuados para la conservación y la reactualización de los mitos.

A cada realidad terrestre correspondía el mito que contaba su origen divino. Por ello utilizamos

el término genérico “mito de origen” para designar este género de relato sagrado. Cuando el mito cuenta el origen del cosmos, podemos llamarlo “mito cosmogónico”; cuando cuenta la fundación de un templo, puede denominarse “leyenda cultural”; cuando el mito cuenta la historia del comienzo de un clan, se tratará de una “saga” o “mito etnológico”. Pero, de acuerdo con la mentalidad primitiva, el mito constituye siempre una “historia verdadera”, porque se trata de un relato de creación (cosmos, templo, clan, etc.).

Para los antiguos, toda creación era considerada como una victoria de los dioses sobre el “caos” primordial o sobre los poderes de las tinieblas. Pero esta victoria no era definitiva, ya que estaba constantemente amenazada por la vuelta posible del desorden inicial. Todos los días terminan en noche y toda noche trae consigo las tinieblas. Las tierras sin explorar son las que sirven de refugio al “caos”. Por ello, cuando los antiguos llegaban a regiones nuevas, lo primero que hacían era levantar un altar en honor del dios protector de su clan. Este gesto, al reactualizar el acto creador primordial, arrancaba la nueva tierra a las garras de los poderes tenebrosos, para convertirla en una parte del “cosmos”; el sitio de este primer altar constituía para las épocas venideras un “centro cósmico” en el que el cielo se encontraba con la tierra.

En cuanto llegaron a Canaán, las patriarcas y clanes empezaron a conocer estos “antiguos cen-

tros cósmicos” y oyeron contar el “mito de origen” o la “leyenda cultural” que narraba la creación de cada uno de ellos. El, dios supremo del panteón cananeo, era adorado en todos estos lugares, bajo denominaciones diferentes. Poco a poco, a medida que se iban instalando en tierra fértil, cada uno de los clanes de seminómadas asimiló el dios de su antepasado, de su padre, al dios El de los diversos santuarios cananeos. De esta manera, en Palestina central, el dios de Jacob fue asimilado con El Betel del santuario de Betel, y el dios de Israel con El berit de Siquén. Así también en el sur de Palestina el dios de Isaac fue identificado con El Olam de Bersebá, y el dios de Abrahán con el Shaddai de Mambré.

Al mismo tiempo que se realizaba la identificación del “dios de los padres” al dios El, se producía igualmente la adopción y la transformación por los recién llegados de los “mitos de origen” o “leyendas culturales” de los santuarios dedicados a El. Esto explica que en el libro del Génesis nos encontremos con restos de tradiciones sagradas pre-israelitas: la lucha de Jacob en las riberas del Yaboc (Génesis 32, 23-33); la visión de Jacob en Betel (Génesis 28, 10-22); el sacrificio de Isaac (Génesis 22); la aparición de los tres seres celestes a Abrahán y el anuncio del nacimiento de Isaac (Génesis 18, 1-15).

Al hacerse sedentario, los clanes de los diferentes patriarcas fueron fusionándose lentamente los unos con los otros, y esta fusión llevó final-

mente a la formación de la genealogía conocida: Abrahán, padre de Isaac; Isaac, padre de Jacob; Jacob, padre de las doce tribus. Esta genealogía no es fruto de la generación física, sino más bien de la fusión de las tradiciones de todos los clanes. Parece también que el árbol genealógico siguió la línea ascendente: Jacob fue hermano de Esau antes de ser hijo de Isaac y de Rebeca, la aramea; por su parte, Isaac debió ser hermano de Ismael antes de ser hijo de Abrahán y de Sara. Finalmente, cuando Abrahán se instaló en la copa del árbol genealógico bíblico, ejerció una influencia tal que, incluso los pueblos vecinos, amonitas y moabitas, se relacionaron con él por medio de Lot (Génesis 19). Además, si bien los santuarios de Betel, Siquén y Bersébá habían sido adoptados por Jacob, Israel e Isaac, se intentó a pesar de todo que en las tradiciones sagradas respectivas el santo varón de Mambré, Abrahán, estuviera en relación con estos santuarios. No olvidemos que Mambré se encuentra en las montañas de Judá, en las cercanías de Hebrón, lugar en el que David inauguró su monarquía.

¿Y la revelación?

No la hemos dejado de lado; al contrario. Los antepasados de Israel reemplazaron a los héroes legendarios de las "leyendas culturales" cananeas por hombres que, históricamente hablando, eran verdaderamente el origen de la propia historia.

Esta innovación era capital. Es el primer paso que llevará a la "desmitologización" de los "mitos de origen". El sendero que llevará un día al género histórico propiamente dicho está abierto. Es el camino que la revelación no tuvo a menos tomar. Primitivamente, la revelación se hace en los acontecimientos de la historia. Más tarde aparecieron escritores inspirados por Dios que vieron en el desarrollo de esta historia una larga serie de sus intervenciones.